LA LÁMPARA

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIV.

LA LÁMPARA.[1]

I

Una tarde á la hora del crepúsculo salió Galeswinta á pasearse con su nodriza por los alrededores de Toledo. Toledo no era entonces como ahora, una gran ciudad, sino una especie de cortijo donde estaban plantadas las tiendas de campaña de los guerreros súbditos de los reyes godos.

Galeswinta era una niña hermosa; pero no tenia la hermosura delicada de las damas de hoy; hermosura que se marchita como las flores con solo el soplo del viento, ó el calor del sol.

Galeswinta tenia unos ojos azules, una tez blanca y

1 El fondo de esta leyenda es histórico. Vease la obra de A. Thierry, titulada: «Narraciones de los tiempos Merovingianos.»

BIBLIOTECA UNIV. CAPILLA ALFONSINA

trasparente y una alta y erguida estatura, que indicaba procedia de esas razas del Norte, que se establecieron en el Mediodía de la Europa.

Galeswinta, como Diana la cazadora, corria con su arco y sus flechas tras de los venados, perseguia á los jabalíes en los bosques, lanzaba piedras á las águilas, y trepaba á las rocas y á los precipicios ligera como una gamuza de los Alpes. La alma de Galeswinta era como su físico, hermosa y dotada de una sinceridad salvaje que estaba retratada en su frente bruñida de alabastro.

En esa tarde la nodriza se quedó sentada debajo de un árbol, admirando el espectáculo que presentaba el sol al ponerse, lanzando sus rayos de oro y carmin al través del espeso follaje de las encinas y de las hayas. La jóven siguió maquinalmente la orilla de un arroyo, absorbida en esa especie de melancolía que nos asalta algunas veces, sin que sepamos la causa. Galeswinta siguió la corriente del arroyo, donde arrojaba las florecillas silvestres, y miraba suspirando cómo arrebatadas por el agua, y conducidas velozmente, corrian quizás al mar. ¡Oh, sí! como estas flores, decia Galeswinta contemplando su blanco rostro, que se retrataba en los cristales de las aguas, seré algun dia arrebatada del seno de mis padres y llevada á lejanas tierras, donde no tenga ni estos solitarios bosques, ni estos deliciosos arroyos.

Galeswinta se recostó á la sombra de un álamo, y en breve el sueño descendió á sus ojos.

—Galeswinta, azucena de las selvas, rosa de los prados, diosa de estas soledades! dijo una voz grave, pausada, ¿por qué te alejas tanto de tu hogar? ¿por qué tan confiada duermes en estas soledades?

Galeswinta entreabrió sus grandes ojos azules, separó de su frente las rubias trenzas de su cabello que, como los rayos del sol, ocultaban á medias su faz de nieve, y poniéndose de rodillas, exclamó sobresaltada:

—Qué voz misteriosa ha escuchado mi corazon?

—Soy yo, Atar Gull, el solitario de las selvas: no temas nada, hermosa doncella, que antes bien he velado siempre por tu seguridad. ¿Te acuerdas cuando próxima á caer en el fondo de un precipicio, una mano se apoderó de tu túnica de lana y te salvó? ¿Te acuerdas cuando la corriente de un rio te iba á arrebatar, que encontraste una cuerda de que asirte? ¿Te acuerdas cuando una serpiente te iba á ahogar entre sus anillos, que una hacha trozó al mónstruo?

—Sí, padre mio; me acuerdo muy bien.

—Pues esa mano era la de Atar Gull: esa cuerda era la de la túnica de Atar Gull; esa hacha era la que sirve á Atar Gull para cortar su leña y calentar su gruta en el invierno.

—Gracias, padre mio; gracias, mi libertador.

—Quieres venir á visitar la gruta de Atar Gull?

—Venia con intencion de buscaros; no os conocia, pero sabia que érais tan bueno y tan docto, que.....

—Ven, azucena de las selvas; ven, y sígueme.

Atar Gull era un anciano que tendria setenta años, de rostro venerable, de cabeza calva y de una barba de nieve que le llegaba hasta cerca de la cintura. Ves-

tia una gruesa y luenga túnica de lana; calzaba unas sandalias á usanza de los monges cristianos.

Atar Gull tomó de la mano á Galeswinta y la condujo por las orillas del arroyo hasta una gruta, cuyas paredes estaban entapizadas de campánulas y madreselvas, y en cuyo suelo de delicado musgo brotaba un manantial de agua purísima que daba orígen al arroyo. Era la habitacion del solitario.

—Padre mio, le dijo la doncella luego que hubieron entrado: venia á consultaros; pero no me atrevo.....

—Te evitaré el trabajo de hablar: sé lo que tienes. Tú amas.

—Sí, amo; amo con todo mi corazon; pero no es eso.

—Entonces.....

—Una tristeza secreta atormenta mi alma, y un presentimiento vago de desgracia hace latir violentamente mi corazon; así, querria.....

—Querrias que te dijera yo tu porvenir, infeliz?

—Estoy resuelta á saberlo, ó de lo contrario no saldré de esta gruta, esta gruta tan fresca y tan hermosa, donde mi corazon se ha ensanchado, y donde he respirado mas libremente.

Conque así, padre mio, continuó hincándose de rodillas, y presentando al anciano las palmas de las manos; decidme, decidme el porvenir sin temor, que la hija de las selvas tiene tanto valor para seguir un venado entre los precipicios, como para soportar con valor su destino; lo que no quiero es la duda.

—Los arcanos del porvenir de las criaturas, solo puede saberlos aquel Sér sabio que habita arriba de nosotros. Los hombres que como yo se han dedicado á la ciencia y observado el curso de los astros, apenas podemos....

—Sé, venerable anciano, que sois muy sabio, y que ningun secreto se os oculta, interrumpió Galeswinta: así, decidme....

—Pues tú lo quieres, hija mia, cumpliré tu voluntad.

Atar Gull examinó cuidadosamente las líneas de las manos de la doncella, y despues de un momento de meditacion, exclamó:

—Galeswinta, tu belleza te proporcionará un alto rango.

—Galeswinta, renuncia á esos amores, porque tú serás dentro de breve la esposa de un rey.

—Galeswinta, reina llena de pompa derramará lágrimas por su familia y por su país, porque irá á otra ciudad lejana.

—Galeswinta, tu vida será feliz; pero cuando una lámpara de alabastro se rompa delante de tí, el dia de tu exterminio no estará lejos.

—Este es tu destino, Galeswinta, y deberá cumplirse.

En cuanto la jóven acabó de oir estas palabras, se levantó, besó la mano del viejo, salió de la gruta y se encaminó á su casa.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

II

Un año despues llegó á Toledo Hilperico, rey de Neustria y deseando aliarse con los guerreros godos, pidió una mujer para casarse.

El primer dia se presentaron á Hilperico cien muchachas hermosas. Hilperico no escogió á ninguna.

El segundo dia otras ciento de rostro blanco, de labios rojos, de cabelleras blondas, vestidas de ricas túnicas de lana y adornadas con esmero: Hilperico no escogió á ninguna.

El tercer dia le presentaron una jóven vestida sencillamente, Hilperico la escogió inmediatamente por esposa. Era Galeswinta, la ninfa del desierto, la azucena de las selvas.

Todos los godos, gefes y vasallos, ancianos y jóve-

nes sintieron amargamente que aquella flor pomposa, que aquella planta magnífica de Toledo fuera á ostentar su hermosura á otros climas lejanos; pero el destino habia querido hacer de Galeswinta una reina, y las predicciones del anciano de la gruta debian cumplirse.

Hilperico dispuso un séquito numeroso de guerreros y doncellas, y partió acompañado de su futura esposa, á la corte de Neustria, donde deberia celebrarse el matrimonio.

La madre de Galeswinta acompañó á su hija una jornada, despues otra y otra, pues en el momento que trataban de separarse se abrazaban estrechamente, y no habia poder humano que pudiese separarlas. La madre tenia tal vez un secreto presentimiento: en cuanto á la hija, además de haber renunciado al amor que tenia por un jóven guerrero de su reino, se acordaba de las palabras de Atar Gull.

La madre y la hija se separaron al fin. La una regresó á Toledo, y la otra llegó á la corte de Neustria, donde fué recibida con aplauso universal de todos los vasallos francos, porque su belleza cautivaba los corazones de cuantos la miraban.

El casamiento de Hilperico se verificó; pero á pocos dias tuvo que salir á una campaña contra los francos de Austrasia, y dejó á su esposa en uno de los palacios reales.

Galeswinta, divertida con las suntuosas fiestas que á causa de su casamiento se habian celebrado en la corte de Neustria, y contenta con las caricias y aten-

ciones del rey su esposo y señor, habia olvidado las predicciones del anciano, y su tristeza se habia disipado un tanto.

Galeswinta vivia sola en un magnífico palacio, custodiada por algunos soldados, pues expresamente pidió al rey que así la dejara, no teniendo todavía ningunas gentes de su confianza para elegirlas por compañeras. El dia lo ocupaba en bordar algunas piezas de ropa para regalarlas á su esposo cuando regresara, y en la noche se retiraba á una rica estancia de mármoles donde estaba su lecho.

Una vez, á la hora de acostarse, toda su antigua melancolía, todos sus negros presentimientos se agolparon á su frente, como suelen las negras y tempestuosas nubes cubrir de improviso el azul purísimo del cielo.

Galeswinta tuvo que poner la mano sobre su corazon para contener sus latidos; se acostó en su lecho, y le pareció una tumba; quizo gritar, pero la voz espiró en la garganta; ocultó su rostro entre los cojines rojos de seda, y sus ojos permanecieron secos. Galeswinta, despues de retorcerse en el lecho á impulsos de un dolor sordo, desconocido, inaudito, logró conciliar, no el sueño, sino permanecer en esa especie de sopor con el cual sentimos nuestras potencias físicas, torpes y adormecidas; pero el epíritu vigilante, despierto y presa de dolores y martirios intensos.

Una hermosa lámpara de alabastro colgada de la techumbre, alumbraba débilmente la estancia, y sus débiles rayos iban á morir en el lecho de Galeswinta,

dejando ver como al través de un velo de gasa, ó como cubiertas con la niebla de la mañana, sus formas torneadas y blanquísimas, su rostro mas interesante por el sufrimiento, y su cabellera blonda y delgada, cayendo en desordenados rizos por los hombros y la espalda.

De repente la luz de la lámpara arrojó una vivísima claridad, crujió el vaso de alabastro y la lámpara rota cayó al suelo y se apagó. Galeswinta levantó la cabeza, arrojó un doloroso grito, y ocultó su rostro entre las ropas.

La oscuridad y el silencio eran profundos, solo se oian los latidos del corazon de la reina.

A poco una mujer de formas colosales, vestida de una túnica oscura, un candil en una mano, y un puñal en la otra, penetró en la estancia, y dirigiéndose al lecho de la reina, gritó con voz ronca:

—Galeswinta, Galeswinta, te tengo entre mis manos, y no te escaparás ahora.

—Qué quereis de mí, señora, dijo Galeswinta levantando un poco su linda cabeza de los almohadones?

—Qué quiero? y lo preguntas? Soy Fredegunda, la querida del rey.

—Fredegunda! Fredegunda!

—Sí, Fredegunda, á quien le has arrebatado el corazon de Hilperico; Fredegunda, á quien querias que se desterrase de la corte; Fredegunda, á quien has tratado con el desprecio de una esclava.

—Fredegunda: he oido tu nombre con horror porque me han referido tus crímenes, porque sé que tienes el corazon de una hiena, y que por satisfacer tus pa-

siones y saciar tu venganza, no has perdonado ni á tu padre ni á tus hermanos, ni á tus amigos, ni á tus fieles servidores; y que con el veneno y el puñal, has hecho bajar á la tumba muchas víctimas.

—Ja! ja! interrumpió Fredegunda lanzando una carcajada infernal: ¿conque ya me conocias? ¿conque sabias quién era? tanto mejor; entonces sabrás que nada tienes que esperar de mí. Reina de un dia, belleza altanera, mujer hermosa de la estirpe goda, arrodilláos, si teneis algo qne pedirle al cielo, porque vais á morir.

—A morir! exclamó Galeswinta, cubriéndose el rostro con las manos! ¡á morir, cuando tengo diez y seis años! ¡Ah, señora! perdonadme, no me mateis, no me hagais mal! Yo era una muchacha inocente; el rey me buscó, el rey me sacó del lado de mi madre; el rey me trajo á su corte, y os digo con verdad que habria dado diez años de mi vida por quedarme en mis bosques de Toledo, al lado de mi madre, en compañía del que yo amaba.

Fredegunda sonreía.

—Mirad, señora; esta misma noche me iré del palacio, aunque sea sola y á pié; buscaré el camino de mi país, y cuando el rey venga le direis que me he muerto, y jamas, jamas....

—Bien, muy bien, exclamó Fredegunda riéndose estrepitosamente; queria yo veros llena de miedo, temblando, anonadada, pedirme perdon, y humillaros ante mi poder. Reina de los francos, arrodilláos, que yo os lo mando. Vais á morir; y como habeis dicho, soy una

hiena que deseo venganza. No os perdonaré, reina cobarde é infame; no os perdonaré, aun cuando sepa que con mi vida debo pagar la vuestra.

—Pues bien, miserable esclava, infame prostituta, dijo la reina, animada de un valor sobrenatural, no me vereis temblar ni os pediré gracia: haced lo que querais.

—Arrodilláos, y besadme los piés.

—Salid de aquí, Fredegunda, yo os lo mando, la reina ordena á la mujer vil que se quite de su presencia: guardias, guardias, socorro.

Fredegunda, veloz como un tigre, dejó la luz sobre una mesa, saltó al lecho de Galeswinta y la tomó por la garganta. Galeswinta, que era robusta, luchó valerosamente; pero la fuerza hercúlea de Fredegunda triunfó. Las dos mujeres se revolvian en el lecho, como unas panteras que luchan; se escuchaba la respiracion trabajosa de ambas; los gemidos de rabia ahogados por las fatigas, y los miembros blancos de las dos atletas se enroscaban unos con otros, se torcian, desaparecian un momento entre las ropas, reaparecian de nuevo aquellos dos bustos de alabastro, agitándose en una lucha mortal. Por fin, Fredegunda logró enlazar con sus trenzas el cuello de la reina, y haciendo un esfuerzo desesperado....

La lucha cesó, Galeswinta quedó inmóbil en el lecho, Fredegunda arrojó sobre el cadáver una mirada de satisfaccion, tomó la lámpara y el puñal, y se salió, dejando la estancia entre las tinieblas.

Cuando Hilperico volvió de la campaña se le dijo que Galeswinta se habia suicidado, ahogándose con sus

propias trenzas. El rey estuvo muchos dias incosolable: Fredegunda lloraba tambien con el rey la prematura muerte de su esposa.

La madre de Galeswinta desde que partió su hija habia caido en una melancolía profunda que le causó una enfermedad; esta enfermedad la tenia en las puertas del sepulcro; un dia mandó llamar al anciano de la gruta y le dijo:

—Anciano, he soñado que la lámpara que alumbraba mi estancia, se habia caido, y haciéndose pedazos con estrépito me habia dejado en una profunda oscuridad, á pesar de la cual distinguí un esqueleto pálido que se asemeja á mi hija. Explicadme, anciano, este sueño.

—Madre de la reina, vuestra hija no existe ya, contestó el anciano de la gruta.

Al oir estas palabras la madre, volvió la cabeza y espiró.

Agosto 16 de 1844.

PEPITA.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

PEPITA.

I

El capitan y su teniente.

—Qué hay de nuevo, mi capitan?

—Poca cosa, teniente: una partida de doscientos caballos debe acercarse dentro de ocho dias, con la intencion de entrar al pueblo y saquearlo.

—Y la batiremos, mi capitan?

—Es cosa de pensarse, teniente Dávalos, porque esos hijos de Satanás, segun me han dicho, están muy bien montados y armados, y.....

—Entonces tendremos que volver grupas, contestó el teniente sonriéndose sardónicamente.

—Volver grupas?.... Eso no, interrumpió el capitan algo colérico; una vez que entremos en batalla....

—Esa es la dificultad.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—Qué quiere decir eso, teniente?

—Nada, mi capitan, nada; esos hijos de Lucifer están bien armados y bien montados, y....

—Y así pudiera ser una legion de fantasmas que....

—Conque si se acercan, saldremos á su encuentro?

—Sin duda, respondió el capitan, arrojando una mirada al teniente Dávalos, en la que se traslucia una de esas resoluciones enérgicas, que solo Dios tiene el poder de cambiar.

El teniente bajó los ojos; una sonrisa convulsiva pasó por sus labios, y sus mejillas aguardientosas se pusieron un poco pálidas; mas haciendo un esfuerzo contestó:—Bien, muy bien; esas fiestas son la delicia del teniente Dávalos: si los enemigos están bien montados, tanto mejor, tendremos cosecha de excelentes caballos para los valientes muchachos; pero siempre será bueno, mi capitan, el indagar cómo andan las cosas, porque si los realistas son muchos, no seria prudencia el exponernos á un lance....

—Los militares siempre tienen necesidad de exponerse; si no es vd. de mi opinion, teniente, entonces los conventos están abiertos; abrirse una corona, vestir un sayal, y buenas noches.

—Mi capitan, respondió el teniente mordiéndose los lábios, vd. fué el que primero hizo esas reflexiones.

—Pues bien; ahora no reflexiono mas, y repito que si los rebeldes se acercan, los batiremos.

—Muy bien; yo estoy á las órdenes de vd., y á la hora del peligro veremos.....

—Sí, á la hora del peligro veremos.....

Los dos interlocutores se hallaban en un cuarto amueblado con toscas sillas de madera blanca, una pesada mesa con una carpeta de paño azul, y en un rincon un catre con fina sobrecama y aseados almohadones. Era el aposento del capitan, el cual era hombre de mediana estatura, sumamente delgado y un tanto pálido; de manera que á primera vista se le podia creer débil, enfermo, é incapaz de llevar á cabo ninguna empresa militar.

El teniente Dávalos, por el contrario, era alto, de anchas espaldas y muñecas gruesas. A su rostro, tostado y enrojecido por el sol, daban sombra un espeso bigote y unas alborotadas patillas, y sus ojos algo torvos y hundidos, completaban el aspecto casi feroz de su fisonomía. La luz vacilante de una mecha de aceite chisporroteaba de vez en cuando, y entonces marcaba distintamente el contraste de las fisonomías de estos hombres que durante el diálogo que se acaba de referir, habian permanecido en pié uno enfrente del otro. La escena pasaba en un pueblo del Departamento de Morelia, y es inútil decir que era la época de la independencia. El capitan, que se llamaba Luis Castillo, era uno de tantos hombres que armaba sus guerrillas y peleaban por su cuenta contra el gobierno español, y cuya memoria se ha extinguido con su vida, como la de tantos otros, que á pesar de verter su sangre por la libertad, la fortuna no les permitió que conquistaran un nombre en la historia.

El teniente, como se habrá conocido, no creia que un hombre de un físico tan débil como el capitan pu-